Razón y sazón
Menú de ideas

Andrés García Barrios

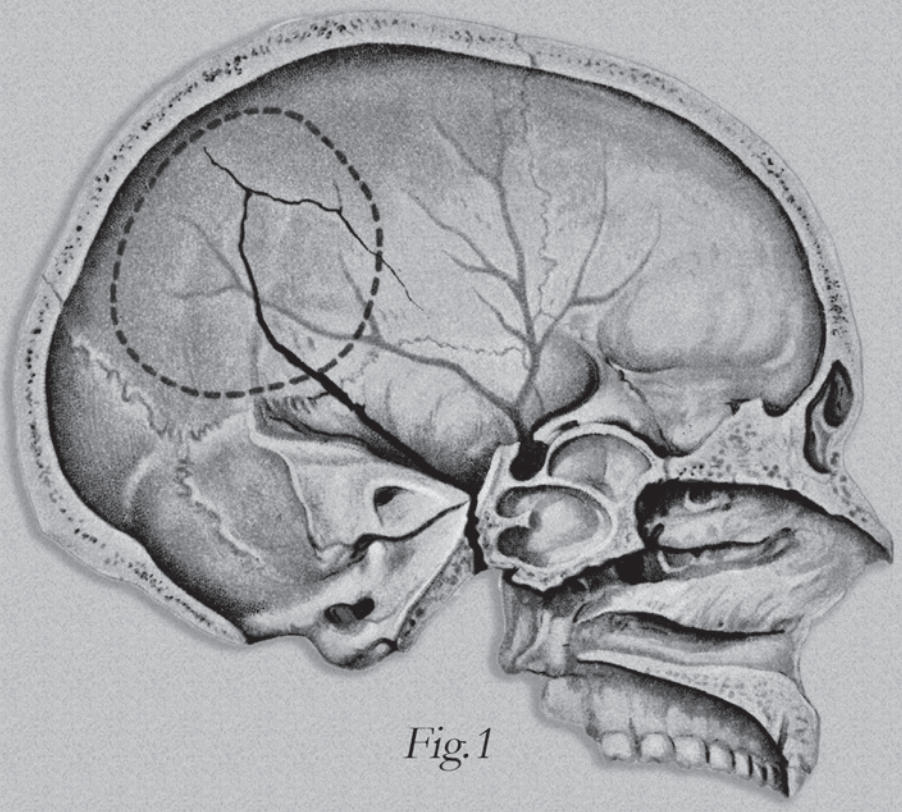

Fig. 1

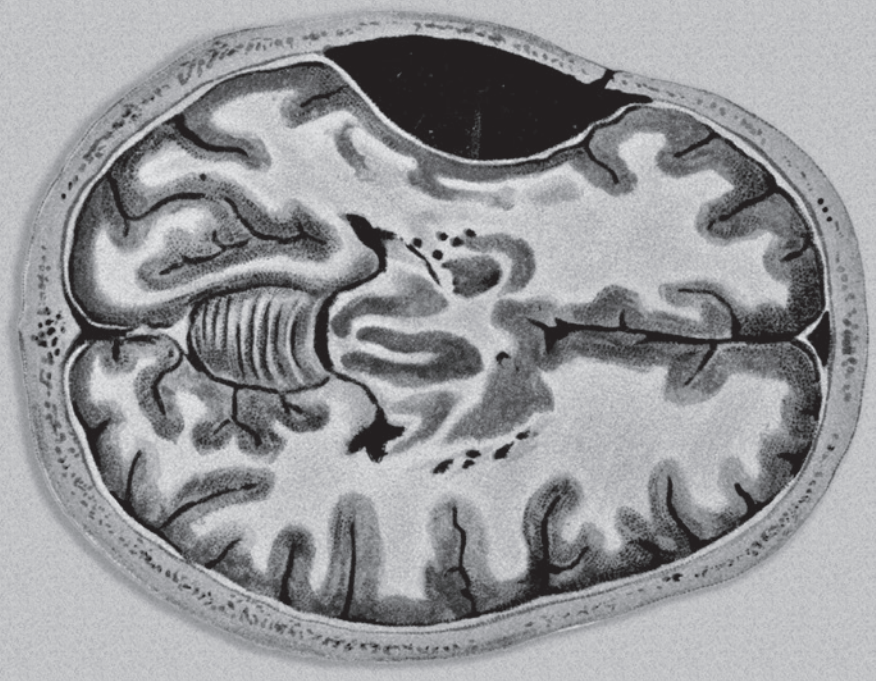

Fig. 2

"Fractura de cráneo con laceración de la arteria meníngea media", ilustración del libro *Atlas and Epitome of Traumatic Fractures and Dislocations*, de H. Helferich, 1902. (Imagen: VintageMedStock / Getty Images)

En nuestro cuerpo hay un órgano obligado a pensar, no puede dejar de hacerlo.[1] Nuestra corteza cerebral —al menos es divertido imaginarlo así— exige pensamientos de la misma forma en que nuestro aparato digestivo exige comer; nuestra razón sólo encuentra saciedad cuando saborea, mastica y digiere pensamientos razonables. Así como ganamos el pan con el sudor de nuestra frente, día a día debemos esforzarnos por conseguir pensamientos que nos mantengan vivos. Y al parecer no hay ni habrá nunca un alimento definitivo que nos evite seguir pensando.

De acuerdo con investigaciones arqueológicas, en materia de comida los seres humanos tuvimos que pasar las de Caín para descubrir cuáles alimentos nos eran convenientes y cuáles no, arriesgando el pellejo en esas pruebas y dando la vida en muchísimos casos con tal de conseguir algo de comer. ¿Habrá pasado lo mismo con los pensamientos? Durante siglos de vagabundeos nómadas, ¿estuvimos explorando en las formas de pensamiento para averiguar cuáles eran confiables y cuáles no? ¿Desechamos —o conservamos ocultas— ideas que mataban, y aprendimos a dosificar otras que provocaban delirios? ¿Es el pensamiento actual el resultado de aquellas experiencias, es decir, la selección que hicimos de entre todos los pensamientos a nuestro alcance?

La forma de pensar de algunas mentes actuales permite suponer que un día existió una especie de "pensamiento salvaje", obtenido en plena libertad y lleno de fascinaciones, pero también muy próximo al peligro. En nuestros tiempos ese tipo de pensamiento se presenta en mentes errantes que no encuentran en la civilización su alimento y que vagan en busca de él igual que hacían nuestros primeros ancestros nómadas. Son mentes que —cuando no se les permite vivir en libertad, pepenando aquí y

[1] Testimonios confiables indican que dejar de pensar es posible en circunstancias muy especiales que, por angas o por mangas, resultan ajenas a la gran mayoría de gente. Casi todos nos la pasamos pensando todo el tiempo.

allá algo en qué pensar— difícilmente se adaptan a las ideas que se les suele ofrecer, por lo que las expulsan antes de digerir de ellas cualquier nutriente. Decimos que están enfermos.

El "pensamiento domesticado" es el que más se acerca al "salvaje" y a la vez hace posible la supervivencia de la especie. Cultiva a voluntad aquellos pensamientos que se ha demostrado que no representan ningún peligro. Así, gracias a la domesticación, podemos tener ideas frescas siempre a la mano, y semillas para germinar nuevas. Ello permite abrir una ventana al ocio e incursionar en una especie de arte culinario, combinando pensamientos de distintos sabores, colores, aromas y texturas, cuya mezcla compensa —y de alguna forma simboliza— el paraíso perdido.

Dentro de este arte, el pensamiento filosófico y el pensamiento científico se presentan a sí mismos como los chefs más sofisticados; es probable que lo sean, aunque sólo en teoría, pues lo que ofrecen a nuestra corteza cerebral son en realidad imágenes de platillos, manjares modelo, algo así como las fotografías de un menú o de un recetario, tan bellas y apetitosas que se les puede confundir con el pensamiento real. El propósito de estas imágenes es incitar a que el comensal piense lo mejor que pueda, pero obviamente para servirlas a la mesa hay que prepararlas primero, y es ahí donde uno cuenta sólo con su creatividad para traducirlas a la realidad. También es cuando, de los cinco tomates finamente picados que pide el recetario, uno de ellos se va entero.

En cuanto al pensamiento matemático, sus ingredientes —desde los más comunes hasta los más difíciles de conseguir— son sublimes; es decir, comienzan siendo pensamientos sólidos, concretos, y de pronto, de forma inesperada sufren una casi total evanescencia, convirtiéndose en esencias. Es debido a este carácter volátil que la ciencia presume que, con el auxilio de ellos, un día será capaz de incluir en sus recetarios los más insondables pensamientos humanos, incluidos esos que son el origen de lo que llamamos personalidad, y que, siguiendo con nuestra analogía, podemos bautizar como "sazón".

El pensamiento poético —nos dice el filósofo Gaston Bachelard— es como "un sueño guiado por la razón". Yo sólo puedo describirlo como el aroma de un guiso que un día de mi infancia se extendió desde una ventana hasta la calle, y me envolvió y transportó a espacios ideales, haciéndome anhelar una olla inalcanzable. Se trata, pues, de un manjar que no conocí realmente, y sin embargo siempre está detrás de lo que espero de cualquier festín. Desde entonces busco un platillo que se le compare. El pensamiento poético guía mi gusto.

El pensamiento civilizado no siempre deviene, ni mucho menos, en filosofía, ciencia, matemática o poesía. A la larga, todas estas formas de pensamiento derivan en sus versiones industrializadas, a las que podemos llamar "pensamiento chatarra". Su variedad, sabor y valor nutricional se atienen a necesidades y estrategias de producción, distribución y venta, y encantan a las mentes infantiles porque se les encuentra con facilidad en cada esquina, duran en apariencia frescas mucho tiempo, y su sabor nunca cambia ni defrauda. Un pensamiento chatarra se puede pensar infinidad de veces y siempre sabrá igual. En eso es por completo distinto a los pensamientos frescos, que en general se descomponen rápido y es imposible pensarlos dos veces: si queremos volver a disfrutar de su sabor hay que elaborarlos de nuevo, asumiendo que siempre serán un poquito distintos que la primera vez e incluso es posible que en su reelaboración decepcionen.

Como postre, termino esta reflexión dejando sobre la mesa una variedad de bocadillos dulces, en forma de preguntas elegidas sin ton ni son: ¿Hay un ingrediente que sea como la sal de toda idea? ¿Cuál será la *tortilla* del pensamiento mexicano? El obeso mental, ¿piensa de más? El anoréxico, ¿se mira al espejo y se ve sabio? *Pienso*, en su acepción de *alimento*, ¿no combina mejor con *luego existo*?[2]

[2] La idea recuerda aquel diálogo cervantino entre Babieca, el caballo del Cid, y Rocinante.
—*Metafísico estáis.*
—*Es que no como.*